

**SECCIÓN I**  
**DOSSIER Y DIÁLOGO ACADÉMICO**

DIÁLOGO

# El descuidado tema urbano en la Bolivia de hoy

Fernando Prado Salmón<sup>1</sup>

A pesar de que casi dos de cada tres bolivianos viven en ciudades, y no obstante que en el mundo entero las ciudades adquieren más importancia en el proceso de mundialización de la economía y el territorio, hasta el extremo de que se habla de “ciudades estado”, en Bolivia el tema de las ciudades como mecanismos de producción, consumo, cultura y desarrollo merece cada vez menos esfuerzos y menos estudios.

Y no es porque las ciudades estén funcionando bien, al contrario, están plagadas de contradicciones, y como dijo algún especialista, “las ciudades del tercer mundo recogen lo peor de los dos mundos: la pobreza del subdesarrollo y la contaminación del primer mundo”.

En un país en el que el Estado se está definiendo como el actor estratégico del desarrollo, es fundamental conocer la visión que éste tiene sobre el rol de las ciudades en el modelo de desarrollo que se propone. Y debemos decir que esa visión no ha sido hasta ahora explicitada, lo cual ha generado la comprensible sensación de exclusión del proyecto político de las clases medias urbanas.

El duro enfrentamiento político entre el modelo comunitario indigenista igualitario que lleva adelante el gobierno de Evo Morales y los sectores urbanos cívico empresariales de los departamentos emergentes, entre otros efectos, está haciendo resurgir de nuevo el fantasma de la lucha ciudad-campo. Los resultados electorales son elocuentes: el campo apoya masivamente el proyecto “del cambio”, mientras en las ciudades de los departamentos emergentes, el voto se concentra en torno al ícono de la autonomía, elaborado por sus clases dirigentes.

Por otra parte, ya es un hecho el carácter dual de nuestras ciudades, con una economía y una sociedad urbana orientadas hacia una economía de mercado parcialmente globalizada, por lo menos en sus aspiraciones y valores, y una ciudad popular informal, producto de las fuertes inmigraciones del campo y de su no inclusión en las estructuras de la economía formal.



EJTI STIH. COCTAIL (2007). ACRÍLICO SOBRE LIENZO.

A estas alturas parece ya obvio que el manejo, es decir la gestión y el marco institucional para enfrentar estos grandes retos, ha quedado obsoleto. Las tradicionales “alcaldías de pueblo” ya no pueden dar cuenta de la complejidad que implica promover el desarrollo urbano de aglomeraciones de cientos de miles de nuevos habitantes, en un contexto nacional e internacional cada vez mas complejo y cuajado de contradicciones.

En este momento nadie sabe a ciencia cierta lo que está sucediendo en nuestras extensas zonas periurbanas. Esos cientos de miles de ciudadanos están consolidando nuevos procesos urbanos que no pueden acomodarse en los moldes de la “marginalidad” tradicional. Sin duda está cercano el momento en el que todos estos “nuevos ciudadanos” irrumpirán en el escenario político regional y nacional, y lo harán con la fuerza con que lo han hecho los indígenas y campesinos. Sin duda no estamos preparados para entender el fenómeno que se viene, al que seguimos ignorando deliberadamente.

Para discutir estos temas, *T'inkazos* ha invitado a cuatro expertos a un “conversatorio virtual”. Ellos son:

**Jean Paul Feldis**, sociólogo y filósofo. Reside en Santa Cruz. Es docente de la Universidad Gabriel René Moreno de varias materias, entre ellas Sociología Urbana. Dirige el Grupo Universitario de Investigaciones Aplicadas y ha publicado artículos científicos en Bolivia y en el exterior.

**Hubert Mazurek**, doctorado en Ecología. Radica en La Paz. Trabaja como investigador en el Instituto de Investigación para el Desarrollo (IRD-Francia) y es investigador asociado del Instituto de Innovación Rural (CIAT) que tiene su sede central en Colombia. Ha publicado libros y artículos en Perú, Colombia, Venezuela y Bolivia. Una de sus publicaciones más importantes es *Espacio y territorio. Instrumentos metodológicos de investigación social* editada por la U-PIEB y el IRD.

**Humberto Solares** es arquitecto con estudios de postgrado en la Universidad de Córdoba, Argentina, y tiene una maestría en Medio Ambiente y Gestión Ambiental Urbana. Ha trabajado durante más de dos décadas en la docencia en la Universidad Mayor de San Simón en Cochabamba, y ha sido docente en postgrados de varias otras universidades. Sus investigaciones sobre vivienda, políticas de vivienda y desarrollo urbano fueron publicadas por diferentes editoriales.

**Gastón Gallardo** tiene una maestría en Arquitectura y Diseño Urbano. Es director del Instituto de Investigación y Postgrado de la Facultad de Arquitectura de la Universidad Mayor de San Andrés de La Paz. Cuenta con estudios de especialización en restauración de monumentos en Italia y amplia experiencia en gestión municipal y administración de programas de vivienda. También se desempeña como docente universitario en universidades de Santa Cruz y Cochabamba. Es autor de varios libros y artículos científicos.

A continuación, el desarrollo del diálogo.

**1. ¿Cómo se explica la paradoja de que en un país con un gran crecimiento de las ciudades, se descuide y olvide el tema urbano? ¿Y cuál es el rol del Estado en este contexto?**

HUMBERTO SOLARES

Bolivia ha sido uno de los últimos países en exhibir una mayoritaria población urbana. Recién el censo de población de 1992 arrojó un 57,5% de población urbana en relación a la población total, y el censo de 2001 elevó este índice a 62,4%. En contraposición, países como Argentina, Uruguay, Chile y otros, ya

eran urbanos a mediados del siglo XX. Es decir, el proceso de urbanización en Bolivia fue tardío.

Sin ingresar en las causas de este fenómeno, por cierto vinculado a la historia económica y a los modelos de desarrollo implementados en el país, podemos decir que de igual manera, las políticas estatales también se inician con bastante atraso respecto al resto de los países de la región. El Ministerio de Urbanismo y Vivienda data de inicios de la década de 1970 y su accionar es ciertamente discreto. Hasta donde conozco, la iniciativa más significativa, el Anteproyecto de Ley de Urbanismo como el brazo operativo de una Política Nacional de Asentamientos Humanos (2000), no pudo prosperar. Finalmente, la preocupación estatal por la cuestión urbana fue relegada a un plano secundario. La atención de este aspecto de la realidad nacional dejó de merecer rango ministerial y pasó a ser un simple Viceministerio de Urbanismo y Vivienda, inmerso en el Ministerio de Obras Públicas, Servicios y Vivienda.

Estos antecedentes ponen en evidencia que el tema urbano, ni hoy ni ayer, ocupó un lugar de importancia dentro del aparato estatal. Por tanto, la paradoja a la que alude la pregunta tiene ribetes añejos y tiene que ver, ciertamente, con una visión estatal tradicionalmente concentrada en el desarrollo económico en abstracto, donde la cuestión del territorio y los asentamientos humanos apenas merecen menciones anecdóticas.

En realidad, fueron los municipios en forma dispersa los que se ocuparon de la problemática urbana. Pero incluso en este campo, las prácticas de planificación urbana también son tardías respecto a los países del continente. En el caso de Cochabamba, las primeras experiencias se sitúan en la década de 1940, y en el resto de las ciudades con mucha posterioridad a esta fecha.

La Ley de Participación Popular, y la consiguiente municipalización del territorio nacional, ha determinado que la cuestión del ordenamiento territorial y urbano se haya convertido en responsabilidad municipal. Los órganos estatales del ramo apenas se han limitado a elaborar guías para diseñar planes de desarrollo municipal y ordenamiento territorial.

Tal vez, una de las causas para esta forma incipiente de intervención estatal es la ausencia de investigación sistemática de los asentamientos humanos en el país. Sin embargo, la realidad actual comienza a cobrar factura en el ámbito que más le duele al Estado, el político. Va quedando demostrado que una estrategia de poder que se apoye en la base social campesina, si pudo ser exitosa para el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) de los años 50, ya no lo es necesariamente hoy, en la Bolivia de un mayoritario rostro urbano. Ello, sin duda, estimulará en el futuro a que los operadores políticos y sociales finalmente se convenzan de que la investigación de los fenómenos urbanos es algo imprescindible para sus proyecciones.

JEAN PAUL FELDIS

Una explicación podría radicar en la historia misma, es decir la transformación de la "ciudad Estado" en la "ciudad en el Estado". Desde su renacimiento (revolución burguesa, municipal comunera antifeudal), la ciudad bajo su modalidad "burguesa" (Burg) establece una rivalidad entre poderes, entre los del Estado y los del municipio (lugar de residencia y realización económica de poderosos locales). A esto se agrega la psicología política alimentada por los recelos hacia el centralismo (¿pugna entre oligarquías nacionales y otras locales?) y el deseo de la municipalización. Ambos contribuyen a que "Estado" y "municipio" se vuelvan rivales, siendo la ciudad con su municipio garante de cierta autonomía de gestión que se cruza con el espacio de pugna de las oligarquías locales.

Hay, entonces, interferencias entre la estructura social de una sociedad y la estructura de la ocupación espacial. Una municipalización exacerbada, combinada con las luchas autonómicas, refleja perfectamente la crisis del Estado y de la estructura política, independientemente del estilo de gobierno asumido por el grupo ocasionalmente gobernante.

El retorno a la democracia en Bolivia, en 1982, y la facultad de elegir a los alcaldes, casi coincidió con el crecimiento de la lógica neoliberal y la privatización. Así, los intereses del mercado rivalizaron fuertemente con la planificación estatal y urbana, y la política urbana se tornó en satisfacción de apetitos de intereses privados locales. Se pierde nuevamente la coordinación Estado y ciudad, y es reemplazada por la rivalidad “mercado” y “planificación municipal”.

Por otra parte, en el periodo neoliberal el Estado toma medidas favorables al saneamiento de la economía de sus empresas pero perjudiciales para las políticas de planificación urbana: por ejemplo, la relocalización generó migración hacia la ciudad con las consecuencias conocidas (Santa Cruz, El Alto, Cochabamba).

El rol del Estado es reconstruir el tejido organizativo de la ocupación territorial, la planificación y la coordinación política, considerando que el municipio no es un régimen feudal donde se atrincheran oligarquías locales, sino que las tres entidades (central, departamental y municipal) deben construir modelos de gestión favorables a la satisfacción de las necesidades de vecinos, que son, finalmente, ciudadanos locales.

Así se podría pensar en las siguientes líneas de cooperación:

Desde el poder **Legislativo** se debe trabajar una nueva legislación urbana: ocupación de suelo, uso de suelo, políticas sociales de suelos, regulación de mercados, políticas educativas, de salud, de transporte urbano, de vivienda, para perfeccionar los desajustes de la actual ley de participación popular y la de municipalidades (evitar bicefalías) y la ley del Sistema de Regulación Sectorial (SIRESE), para no entorpecer las atribuciones municipales (tema transporte urbano, por ejemplo).

El poder **Ejecutivo** debe coordinar con los municipios el manejo de las inversiones públicas evitando “idas y venidas” caprichosas (por ejemplo el tema del Impuesto Directo a los Hidrocarburos, IDH).

El poder **Judicial**, el ministerio público y su brazo armado, la policía, deben aplicar las normas de tal suerte que los municipios puedan encontrar un apoyo para ejecutar políticas que beneficien a las mayorías y no sean sólo la satisfacción de una minorías movidas por intereses gremiales (policía, loteadores, empresas urbanísticas de urbanismo salvaje, transporte urbano, trabajadores de salud, vecinos de vertederos, comerciantes, restaurantes y talleres que ocupan los espacios públicos), etc.

HUBERT MAZUREK

Esta pregunta necesita tres respuestas complementarias:

- La primera es que en América Latina, y en los países en desarrollo en general, el crecimiento de las ciudades no es un efecto de la innovación o de la producción. La ciudad es importadora y poco productora. La producción nacional, todavía ligada al sector primario, se sitúa afuera de la ciudad; minería, agropecuario, forestal, hidrocarburos, etc. constituyen los rubros que contribuyen más al crecimiento nacional. Lo terciario, y en particular los servicios especializados que son característicos de la ciudad, son muy débiles en Bolivia.
- La segunda es relativa a la relación entre ciudad y poder. Históricamente, el nacimiento de la ciudad va paralelo con el nacimiento de los poderes. Sin embargo se traduce por la modificación de los poderes. La ciudad ha cambiado el poder tradicional, tribal, local o territorial por un poder racional, legal, burocrático, nacional que corresponde a la dominación de la ciudad sobre un territorio. Poco a poco, este efecto de dominación (concentración del aparato político-administrativo en las ciudades) crea una jerarquía que se cristaliza en la red urbana y en el concepto, bien estudiado en geografía, de centro-periferia.
- La tercera es una consecuencia del problema precedente: la falta de política. Estos dos componentes

precedentes muestran que existen dos formas de ruptura: la política, que es una ruptura entre lo urbano (reproducción de las elites existentes o generación de nuevas elites) y lo rural (formas tradicionales de poder o demandas locales); y la económica, que es una ruptura entre la ciudad (centro de poder improductivo) y el resto (centros de producción).

En Latinoamérica, las políticas urbanas son muy recientes, por la transformación progresiva de lo agropecuario hacia lo terciario. En Bolivia, la ciudad no es percibida todavía como un elemento fundamental del desarrollo regional; es, aún, la plaza de comercio, de recreación o de trámites pero la actividad principal está afuera. Eso se ilustra perfectamente con la multiresidencia, por ejemplo, que lleva a tener una casa en el campo (Yungas, Lago Titicaca, Santa Cruz, etc.) y una en la ciudad (El Alto, Potosí, Sucre, etc.). La referencia a la tierra es todavía un elemento fuerte del pensamiento boliviano.

El Estado, en este contexto, siempre ha representado los intereses del “afuera” y no del “adentro”. Se necesita de un cambio fundamental de mentalidad en las políticas de Estado para entender que la ciudad es, hoy en día, el nuevo motor del crecimiento. La referencia explícita a las comunidades indígenas no permite este cambio, en la medida en que no existe debate sobre nuevas formas de gobernabilidad o de democracia que integren las formas tradicionales de poder.

GASTÓN GALLARDO

Es claro que mi lectura es desde el occidente del país y mi información sobre los valles y los llanos peca de prejuiciosa y carente de conocimiento directo. Sin embargo, soy un convencido que esta contradicción tiene, además de causas de poder y económicas, un profundo trasfondo cultural.

El poder residente en la propiedad rural migra el 52 a causa de la Reforma Agraria y consolida otras territorialidades de asiento<sup>2</sup>. El área rural se convierte en el asiento del minifundio y del mundo indígena, resistente a la modernidad y a la cultura occidental. La ciudad es “la civilización” y el campo “la barbarie”. Esto conlleva el decrecimiento de los centros intermedios y la macrocefalia paceña.

La migración campo ciudad responde a motivos de pobreza y de integración de nuevas generaciones que por el servicio militar descubren la vida urbana. Sin embargo, mantienen la vivienda rural y la producción agrícola como una segunda residencia y una alternativa de ingresos adicionales. La ciudad no incorpora a ciudadanos, sino sólo incrementa su población y ese crecimiento es caótico, por la falta de previsión de los sectores dominantes o gubernamentales.

En los valles el proceso de mestizaje fue más fuerte. Los quechuas se asimilaron más a la nueva realidad y mantuvieron, relativamente preservada, la estructura de poblaciones provinciales. Además, los mestizos del valle mantuvieron la segunda residencia en ciudades provinciales, más ligada al descanso y a las raíces ancestrales que a la producción. El decrecimiento de las ciudades intermedias fue más lento pero sostenido.

En el oriente la población indígena es fuertemente marginada (la aculturación jesuítica de Moxos y Chiquitos es un ejemplo<sup>3</sup>) y se sostiene una estructura de poder rural, por la ausencia del accionar de la Reforma Agraria.

El crecimiento de las ciudades del eje no conlleva cambios culturales de adaptación. Los nuevos habitantes urbanos mantienen usos y costumbres del ámbito rural o de sus áreas originarias.

La Paz recibe migración campesina que sostiene su resistencia a los criterios de la modernidad, identificándolos con la dominación de los “blancos”. Cochabamba crece con migración rural que fácilmente se adapta a la actividad comercial como medio de subsistencia, pero también preserva formas y expectativas de vida rurales. Santa Cruz recibe la migración de fuertes contingentes urbanos, migración ciudad-ciudad, lo que le permite desarrollar la ciudad como sede de los intereses dominantes de los sectores sociales agroproductores y terratenientes.

Con la fuerte movilización espacial en el país, en especial promovida por el comercio, las ciudades del eje han ido conformando centros expandidos y poco estructurados, en especial por la resistencia de sectores de origen campesino a incorporarse a los principios y valores urbanos y de la modernidad.

El Estado, en ninguno de sus niveles: central, departamental o local, ha sabido actuar o responder a estas características culturales de la población; se vio superado por la realidad y por la velocidad del cambio y priorizó los intereses políticos de los gobiernos de turno, a la necesidad de planificación de los centros urbanos y las políticas territoriales de la nación.

## **2. ¿Cómo se dan hoy y cómo evolucionan en Bolivia las relaciones ciudad-campo? ¿Son una contradicción fundamental? ¿Qué nos enseñan las elecciones departamentales, como las de Tarija y Chuquisaca?**

HUMBERTO SOLARES

Creo que uno de los pilares históricos del modelo de acumulación de capital en Bolivia ha sido la relación de intercambio desigual entre campo y ciudad. A lo largo del siglo XIX y el XX, el campo, ya sea bajo la forma del régimen hacendal o bajo la forma de la producción campesina parcelaria, estuvo sometido al poder económico y social de las elites urbanas. Este sometimiento consistente en la provisión por parte de la economía campesina de alimentos baratos a las ciudades y a las áreas estratégicas de la economía, pero también del concurso de fuerza de trabajo y servicios diversos con atributos similares, fue uno de los ejes que hicieron viable el desarrollo de la gran minería, la agroindustria y obviamente el desarrollo urbano. Por tanto, tal condición de desigualdad entre los ritmos de desarrollo de campo y ciudad, es ciertamente de naturaleza estructural.

En razón de ello, la distancia entre campo y ciudad, a lo largo del siglo XX, se convirtió en una brecha, y en los tiempos del neoliberalismo económico, ya se pudo hablar de un abismo con groseros contrastes. El Mapa de Pobreza en Bolivia (2002) es explícito: entre el 60 y el 90% de la población rural en Bolivia es pobre, con bolsones de pobreza africana en los departamentos de Potosí y Chuquisaca e incluso en las provincias de puna en Cochabamba, donde esta condición llega al 100%.

Considero que éste es un aspecto intencionalmente “arrinconado” en el debate nacional sobre los nuevos rumbos que debe tomar el país. Ciertamente en el fondo de esta cuestión se encuentra el problema de la tierra. Si de cambio se trata, éste es el tema central. Es más, creo que todo el problema de la interpelación de las regiones al Estado, al eludir sospechosamente este tema, da pie a pensar que el discurso autonómico, cuya legitimidad nadie discute, favorece a grupos de poder que no desean que esta cuestión sea considerada y menos modificada. De ahí la cerrada oposición a las autonomías regionales y originarias, cuya viabilidad justamente discurre por una distribución de la tierra en términos más justos.

Bajo estos antecedentes, la oposición campo-ciudad ya no es un mero tema académico. El campo, antes marginado de la vida nacional, ha pasado a ser un actor fundamental en la vida política. Por ello, el ejercicio del voto y el ejercicio de otros derechos democráticos por parte de la población campesina, ya no sigue la pauta de los intereses de las elites y las clases medias ciudadinas.

Pero además, como quiera que las principales ciudades del país crecen en base a la ampliación de las extensas periferias que las rodean, que no son otra cosa que barrios de inmigrantes campesinos que mantienen vivas sus raíces con la cultura y el ámbito rural, también éstas pasan a engrosar las filas de los contestatarios a las viejas mañas de los políticos tradicionales. Lo preocupante es que todo esto exacerba las cuestiones étnicas y raciales, derivando en la falsa oposición entre indígenas y mestizos.

JEAN PAUL FELDIS

Contradicción, sí, fundamental, no, si nos atenemos al lenguaje maoísta, inventor de estas distinciones. Obviamente el desarrollo de la sociedad que sigue el modelo capitalista exagera uno de los niveles de la división del trabajo, en este caso la división ciudad-campo, no sólo en lo estructural, sino también en las asimetrías y diferencias cualitativas y cuantitativas (IDH, PIB/cap.).

Esta división se origina con la concentración de la población, la administración, las industrias, los servicios cualitativamente diferentes que sirven de explicación clásica del éxodo rural y la hiperurbanización.

La contradicción se evidencia en diversos niveles. Existe una contradicción originada por los prejuicios culturalistas que oponen la ciudad al campo (las raíces "ciu" y "civ" tienen el mismo origen y asimilan la *ciudad* con la *civilización*). El campo se identifica con la rusticidad, torpeza, primitivismo, tradicionalismo, comunitarismo, premodernidad. En todos los idiomas abundan los epítetos, reflejo de la mencionada situación. Esta contradicción se desdobra con otra, de tipo étnico-racial, porque a menudo el campo es el territorio del indígena originario, del advenedizo o del reubicado por los planes de "colonización" de los gobiernos.

A estas dos se agrega una tercera contradicción, ideológica, invertida en cuanto a la valoración, originada con la aparición de la sociedad del ocio, donde la ciudad significa trabajo y constricciones de diferente naturaleza (horarios, contaminaciones, tráfico, bullicio) y el campo es entendido como lugar de descanso, fines de semana, días de campo, aire puro... aunque pronto, con la industria del turismo, los que van a hacer día de campo se ponen a cargar la ciudad a cuestas, y las hordas urbanas deterioran el ambiente rural por su poca educación (lo contaminan con sus envases plásticos, latas de bebidas o envolturas de sus comidas en polvo) o su forma de vida que transforma Samaipata o los alrededores de la laguna de Concepción en sucursales de Equipetrol, en Santa Cruz.

Hoy las relaciones entre ciudad y campo son más porosas, aunque generan relaciones de intercambio desigual, y la ciudad saca provecho de los frutos del trabajo rural. Los precios de los productos agrícolas no siguen la misma evolución que los precios de los insumos que los rurales compran en la ciudad para producirlos (semillas, abonos, pesticidas, herramientas, maquinaria, crédito).

Por su parte el campo se urbaniza porque va copiando los modos de vida urbanos (vestimenta, alimentación, distracción, vivienda, transporte) o porque es transformado por lo urbano: la economía agrícola es dirigida por productores urbanos y no campesinos, estos acaparan la tierra y dominan el proceso productivo, formando los grupos de poder en la ciudad; llegan al campo de manera ocasional a recibir el informe de sus administradores o mayordomos; este sistema desplaza a las poblaciones rurales (ayoreas) hacia zonas pobres o explota su fuerza de trabajo bajo formas de trabajo precapitalistas, rayando en la servidumbre, semiesclavitud o cautiverio por deudas (guaraníes del Chaco).

Por otra parte el campo es transformado por la industria turística preocupada en brindar servicios que no desorienten a su clientela urbana y les permita ostentar un barniz cultural (Festival de Música Barroca en la Chiquitania). Paralelamente, la ciudad se ruraliza porque los migrantes rurales llegan cargados con sus tradiciones, formas de vida y sus animales, grandes o pequeños. Pero, sobre todo, porque la pobreza urbana es en su mayor parte pobreza rural remodelada dentro del sistema urbano. En las periferias urbanas se desarrollan zonas de transición donde lo urbano y lo rural se fusionan, creando un nuevo tipo sociológico.

Hoy tal vez los campesinos se dividen entre los habituales sumisos, conformistas y los manipulables, vendibles y otros, que están cansados de vivir en el subdesarrollo, de mantener a la ciudades con su trabajo de baja retribución, de ser humillados y vejados por las fracciones racistas de la población urbana, ser marginados de los servicios sociales y extrañados del sistema político-administrativo. No quieren ser más manipulados por "misioneros", "caciques locales", "hacendados", "patrones" que los encierran en sistemas clientelistas, por eso están en la búsqueda de nuevos liderazgos y modalidades de hacer política que les permita modificar sus condiciones de vida y participar de los beneficios de la modernidad,

que hasta la fecha fue excluyente.

HUBERT MAZUREK

Hay dos realidades en la relación campo-ciudad:

- Una relación de poder (explicada en la primera pregunta).
- Un sistema de relación social que depende principalmente de las cuencas de movilidad o de migración. El caso de El Alto es el más significativo: la zona de influencia de esta ciudad se extiende desde el lago Titicaca hacia los Yungas y se traduce por múltiples intercambios, doble empleo, doble residencia, etc. El caso de Santa Cruz es igual: ¿qué sería Santa Cruz sin su hinterland?<sup>4</sup>

La contradicción se vuelve, entonces, cada día más fundamental. Contradicción en el sentido que la ciudad es indispensable para las actividades pero la forma tradicional de vivir lo es igualmente. Esta contradicción se agudiza cada vez más por la falta de una política regional, es decir de integración de esos hinterland; de la conformación de regiones funcionales que integren la actividad rural con las funciones urbanas en un espacio de integración y no de dominación.

Las elecciones en Tarija y Chuquisaca nos demuestran este doble comportamiento. Por una parte existe una relación fuerte entre el campo y la ciudad en estos dos departamentos. Son departamentos de poca población donde la interrelación campo-ciudad es evidente. Las capitales (Tarija y Sucre) dependen en gran medida de lo que pasa "afuera", es decir de las actividades agropecuarias, hidrocarburíferas o turísticas; son típicamente dos ciudades "improductivas" por la débil presencia del terciario especializado o de la industria.

Por otra parte, los sistemas de poder son diferentes: poder típico de la elite, para no decir la burguesía urbana, y poder típico tradicional en el campo. Las elecciones lo muestran muy bien: un apoyo incondicional de lo urbano a las elites favorable a su autonomía, un apoyo incondicional de lo rural al gobierno actual por su discurso sobre lo indígena y los valores tradicionales de la Pachamama.

Ruptura política y ruptura debida a la dependencia económica de las ciudades, que no se pueden resolver, en el contexto actual, sin un cambio del modelo de gobernabilidad y sin una política ambiciosa de planificación territorial. ¿Lo permitirá la descentralización o la autonomía?

GASTÓN GALLARDO

La contradicción existe, pero es un error considerar que el frente urbano en esta dicotomía es un frente unido. Las poblaciones migrantes y hoy residentes urbanos, conforman una base de sustentación de las expresiones indigenistas.

El alineamiento del campo tras el Gobierno y de las ciudades tras la propuesta autonomista, en Tarija y Chuquisaca, es una falsa relación, pues es indudable que los índices de abstención han sido mayores a los habituales. No es importante si este es el discurso masista, si ganó el uno o el otro, la innegable realidad es que el país está dividido en campos relativamente equilibrados. Que si uno tiene el 53% y el otro el 47% o el primero sólo el 48% y el segundo el 52%, es tan evidente la división nacional en todos los departamentos, que el panorama no es alentador para el futuro nacional.

Parece imposible un retorno al estado de cosas anterior al 2003, pero asimismo los abanderados del "cambio" serán frenados por una fuerte oposición inmovilizadora. El país requiere un nuevo contrato social que facilite el cambio, el crecimiento social de Bolivia, que concite adherencias y concilie intereses y oportunidades, pero se ve lejana la posibilidad de convencer a sectores de poder para ceder algunos privilegios, y a los sectores marginados moderar sus demandas.

### **3. La heterogeneidad-dualidad de las ciudades bolivianas: informalidad y capitalismo globalizado, generan dos contrapuestas visiones y realidades de ciudad. Mencionar los principales problemas, las potencialidades y las soluciones que se plantean para cada una de ellas.**

HUMBERTO SOLARES

Una de las características esenciales de la urbanización continental fue el carácter sui generis de estos procesos, donde la oferta de trabajo productivo del sector industrial siempre fue muy inferior a la presión de la demanda de empleo por parte de grandes masas de migrantes rurales. Este fenómeno dio pie a diversos enfoques, comenzando por la teoría de la marginalidad y la idea de que los habitantes urbanos no incorporados a la economía de la ciudad moderna, se encontraban “al margen” de la vida ciudadana. Varios autores (Quijano, Castells, Sunkel, dos Santos, etc.) desarrollaron interpretaciones a este respecto, y fue objeto de nuevos esfuerzos analíticos el paradigma de Marx sobre el “ejército industrial de reserva”. José Nun, siguiendo esta pista, acuñó el término de “masa marginal” respecto al sector secundario de la economía, pero funcional a éste por presionar a la baja del salario de los obreros.

Desacreditadas las teorías dependentistas a fines de la década de los años 70, emerge el concepto de “economía informal” (Tokman, Keith, Carboneto; en Bolivia Roberto Casanovas y Silvia Escobar) referida a una condición estructural del desarrollo capitalista que obliga a un importante volumen de la población a prácticas económicas “informales” o estrategias de sobrevivencia (Lomnitz, Paul van Lindert, etc.), las mismas que tienen consecuencias sobre las estructuras urbanas planificadas: los “informales” no sólo resuelven informalmente cuestiones como el empleo, sino “autourbanizan” la ciudad y “autoconstruyen” la vivienda, dando paso, en consecuencia, a las extensas periferias de barrios marginales o informales. Autores como Hernando de Soto que escapan a la raíz estructural del tema, demuestran que la informalidad también es estimulada por las rígidas normas estatales para legitimar este tipo de economía.

Sobre este escenario de lecturas teóricas, de lo que autores como Bryan Roberts denominaron “ciudades de campesinos” dominadas por “economías de bazar”, para referirse a las urbes latinoamericanas, se despliegan en la actualidad los efectos de la globalización. No se trata del reajuste de nuevas funcionalidades de las grandes urbes para prestar nuevas formas de servicios a la economía global, como destacan los trabajos de Saskia Sassen y otros que acuñaron el término “ciudades globales”, sino de la articulación creciente de la economía global y la cultura, para dar paso a las llamadas “industrias culturales”, impensables sin el desarrollo vertiginoso de las Nuevas Tecnologías de la Información y la Comunicación (NTICs).

Este cotidiano bombardeo de valores exógenos vinculados a estilos de vida (modas en el vestir, look, exacerbación del yo portador de la última tecnología de la información frente a los otros desprovistos, etc.) ha segmentado la comunidad urbana con diferencias más profundas que la clásica lucha de clases, aflorando además expresiones francamente racistas, acompañadas por formas de exclusión por el nivel de educación, por la forma de hablar, por el aspecto corporal, etc.

El esfuerzo principal de la economía global para prolongar su viabilidad es la apuesta por la formación de un mercado de consumidores globales, es decir pequeños nichos urbanos de alto consumo, cuyos partícipes se sienten y viven como ciudadanos globales desde sus realidades locales. Cada una de nuestras principales ciudades posee su burbuja urbana de distinción, donde, como sugiere Pierre Bourdieu, se practica “la manera de utilizar bienes simbólicos” o “el arte infinitamente variado de marcar las distancias”, para establecer la diferencia entre elites nacionales o regionales de poder, del resto de los mortales considerados premodernos e incluso salvajes.

Con variantes locales esta es la heterogeneidad que caracteriza a las principales ciudades del país (las del eje). Si hasta hace poco tiempo se podía refutar la idea de ciudad dual, bajo el precepto de que tanto el

sector moderno como el atrasado de la economía están integrados a la lógica de acumulación del sistema capitalista, ahora se puede realmente hablar de un fenómeno de dualización de las ciudades expresado espacialmente en las tendencias a la policentralización, la formación de urbanizaciones cerradas y la emergencia de nuevos artefactos urbanos: shopping, cines en batería, parques temáticos, malls, etc., todos ellos para usuarios exigentes de alto nivel de consumo, en oposición a los centros históricos que pierden prestigio y son invadidos por los “informales” y la expansión de villas de emergencia y mercados populares donde se amontonan las clases medias empobrecidas y los emigrantes rurales de las zonas más deprimidas del país.



EJTI STIH. SUSURRANDO (2007). ACRÍLICO SOBRE LIENZO.

El síntoma principal de esta dualidad no está en la exacerbación de las diferencias morfológicas de la ciudad (siempre las hubo), sino en que, para las clases y los estratos sociales de la esfera del alto consumo que se autocalifican ciudadanos del primer mundo, el resto urbano es invisible y prescindible: la consecuencia es la declinación del espacio público como espacio intercultural, de encuentro de otredades y tolerancia de alteridades, la sustitución por valores culturales globales de las antiguas tradiciones de convivencia urbana y, lo peor, la irrupción del imperio de las desconfianzas, traducida en una sociedad que vive de los miedos, las incertidumbres, los rumores. Simplificando, la inseguridad ciudadana, que se ha convertido en una suerte de sabia que nutre los instintos básicos de la sociedad: el racismo, el fascismo y la Ley de Lynch.

Entre las posibles potencialidades y soluciones que se podrían aplicar sobre estos escenarios urbanos

está el saldo de participación popular que arroja la experiencia de las Organizaciones Territoriales de Base (OTB) en el nivel municipal; también, la ampliación de las prácticas democráticas para elegir y destituir a autoridades municipales y prefecturales, y, como un correlato de todo ello, que finalmente la gente comienza a pensar en su barrio y en su ciudad con una profundidad mucho mayor a cualquier esquema de la política tradicional.

Los problemas identificados no se resuelven desde la simple planificación espacial, donde es necesario replantear la idea de que la disposición de los objetos urbanos, bajo cualquier tipo de racionalidad, no conduce necesariamente a la cura de los males de la sociedad. Creo que el buen camino podría iniciarse con un potenciamiento de los espacios públicos, acompañado de algunas ideas que sugiere José Luís Coraggio en torno al potenciamiento de las redes de participación ciudadana en la gestión de la ciudad, el fortalecimiento de las iniciativas económicas populares y la conversión de los barrios de alojamiento en unidades productivas. Si las elites construyen su versión de “ciudad global” el resto de los ciudadanos debe ser estimulado a construir su versión de “ciudad humana” o “ciudad para todos”.

JEAN-PAUL FELDIS

Posiblemente sea necesario comentar la globalización y la informalidad como las dos caras de una misma moneda. La “globalización” ejecutada por el capitalismo neoliberal de corte financiero divide la sociedad en dos, fomentando la concentración de la riqueza en una minoría (que supo aprovechar las oportunidades políticas y económicas: copar las cooperativas, colocarse en las empresas capitalizadas), y la pobreza y la informalidad en la mayoría. Ésta podría ser la respuesta no legal que los migrantes dan al sistema burocrático y apegado al reglamento del Estado y del municipio, que les impide acceder al mercado laboral urbano e iniciar una actividad regulada debido a los altos costos de la formalidad.

En efecto, el empobrecimiento continuo de la población ocasiona las migraciones masivas, causa de la heterogeneidad cultural en las ciudades o los países de recepción de esta migración. Las personas que no consiguen trabajo tienen alguna probabilidad de engrosar la economía informal, la delincuencia (narcotráfico, contrabando, piratería) o la criminalidad y el delito. La migración masiva y la informalidad que desbordan las capacidades de planificación urbana y estatal generan estrategias de supervivencia, nuevos barrios, reorganizaciones sociales y de control del espacio urbano.

Como el neoliberalismo significó el retraimiento del Estado y el incremento de flujos de capitales extranjeros, combinado a la crisis de las clases populares (desempleo), las elites urbanas lograron un nuevo acomodo aprovechando las oportunidades brindadas por la capitalización y la privatización, y una diversificación de sus capitales: banca, ganadería, comercio, servicios, medios de comunicación. Los resultados materiales en el ámbito urbano fueron la privatización de los espacios urbanos; éstos se transforman en refugios o se modifican como consecuencia de la fragmentación urbana. Este espacio es fuente de segregación reforzada por las iniciativas urbanísticas y arquitecturales (condominios, urbanizaciones cerradas) que contrastan con otros espacios transformados en zonas rojas. La misma fragmentación divide la ciudad en lo económico funcional, permitiendo a los unos desarrollar centros de comercialización informales (mercados populares, ventas de ropa usada) y a otros cuadricular el espacio urbano con cadenas de supermercados, galerías, shoppings y malls. En la ciudad se desarrollan diversos centros de actividad financiera y comercial (zona céntrica, 7 calles, tercer anillo frente al mercado mutualista), etc. Estos, con los parques urbanos, los bulevares, los cine center, son producto de la reestructuración postmoderna del paisaje urbano.

Paralelamente aparecieron nuevas formas de socialización de las clases populares, facilitadas por las leyes que rigen la vida municipal, y que se reorganizan alrededor de las juntas vecinales, las OTB y los movimientos de barrios.

En algunos casos la informalidad copia a la globalización, democratizando la cultura del consumo. Pienso en los medios de comunicación, uno de sus puntales, el comercio de artefactos, se acopla con el de la piratería de DVD, CD; o en la alimentación, donde la comida globalizada es puesta al alcance de los presupuestos exiguos (tríciclos pizzeros, carritos hamburgueseros); o en “las grandes marcas”, vendidas en las “boutiques” y “fabricadas” en los barrios periféricos de las grandes urbes.

Una propuesta de solución incluiría las siguientes tareas: desburocratizar las actividades urbanas y facilitar el acceso a licencias de funcionamiento; desconcentrar los centros de abastecimiento; generar iniciativas de empleo desde el municipio: hacer efectivo el reciclado de algunos deshechos (recuperar el papel e instalar una unidad de papel reciclado; recuperar los deshechos vegetales e instalar una compostera de tipo industrial; recuperar el vidrio e instalar un horno de fundición y fabricación de objetos de vidrio; lo mismo con los plásticos y los metales); organizar ferias agrícolas, de hortalizas y de frutas, donde se ponga a disposición de las clases sociales pobres alimentos a cambio de una cierta cantidad de objetos reciclables; organizar, a cambio de los mismos productos, las actividades de barrio: limpieza, seguridad, infraestructura; organizar en los terrenos baldíos huertos municipales para que las familias pobres tengan acceso a alimentos producidos por ellos mismos; crear impuestos municipales sobre los terrenos de engorde, entre otras.

HUBERT MAZUREK

¿Se puede hablar de dualidad de las ciudades o de dualidad nacional?

La heterogeneidad existe y es, además, el fundamento de la red urbana boliviana. A este nivel sí hay una dualidad entre las grandes (y las capitales de departamentos) y las medianas y pequeñas: las primeras tienen concentrados todos los servicios, mientras las segundas tienen un grado de especialización muy alto. Para la geografía económica, la ciudad es el lugar central por excelencia, es decir que siempre está asociada con la diversificación de las actividades. No es el caso en Bolivia. Las ciudades intermedias, y aún más las pequeñas, no cuentan con servicios adecuados para tener una función de lugar central. Además, esta heterogeneidad también se encuentra entre las ciudades más grandes; cada una tiene su especialidad. Tomando todavía la referencia de la geografía económica, la tri-polarización urbana boliviana conduce a tres factores que limitan el crecimiento económico nacional: la importancia de los flujos necesarios entre ciudades, la dependencia que eso implica de una en relación a otra y la introducción de una competencia regional por la polarización adicional entre campo y ciudad. Si tomamos un solo criterio de importancia para la actividad económica, por ejemplo los repuestos, vemos que todo está concentrado en Santa Cruz, y la actividad especializada (maquinaria, impresoras, automóvil, construcción, etc.) es dependiente de las importadoras cruceñas. Al revés, el poder administrativo está en La Paz, y las demás capitales son dependientes de esta ciudad.

En relación a la dualidad, ésta se plasma en la relación ciudad-región. El capitalismo globalizado está en la ciudad a nivel de su aparato administrativo (aunque no siempre) o de su oligarquía. La actividad globalizada está afuera, lo que hace la gran diferencia con los países vecinos. Si miramos las ramas que más contribuyen al PIB o que son más dependientes de lo globalizado, vemos que la agricultura representa el 16% del PBI total, la extracción (petróleo, gas y minerales) el 12%, y la industria de transformación de las ramas precedentes un 19%, haciendo un total del 47%. A nivel exportación, el 36% proviene de la extracción y el 28% de los alimentos, haciendo un total del 64%.

Es decir, más de la mitad de la economía boliviana depende de actividades que se encuentran fuera de la ciudad; la exportación de servicios no representa más del 12%. Lastimosamente, no se cuenta con estadísticas sobre la contribución directa de lo urbano en el PIB.

Así que se puede afirmar que efectivamente existe una realidad muy específica de Bolivia, que se podría resumir de esta manera:

- Bolivia está todavía en un modelo de explotación primaria, donde las actividades globalizadas, más formales, se ubican fuera de la ciudad (minería, hidrocarburos, forestal, transformación industrial de estos productos...);
- La ciudad es el lugar de la administración y la plaza de comercio, donde predomina la informalidad de las relaciones económicas, pero sin real relación con lo globalizado.

Este modelo puede funcionar con una política específica urbana, de reforzamiento de la red intermedia y de estimulación del sector terciario, en particular de servicios de alto valor agregado (tecnologías de comunicación, design, marketing, servicios a la empresa...). Sin embargo, no existe tal política porque no se estima la importancia de la ciudad en el desarrollo de la nación entera.

Por otro lado, Bolivia tiene esta configuración de tripolarización urbana, que es casi única en el mundo. ¿Es una ventaja o un problema? Puede ser un problema si existe una competencia entre ciudades; se vuelve en ventaja si existe procesos de complementariedad y cooperación, y de estructuración de la economía regional: una especialización que no sea en relación a la otra, sino a las potencialidades regionales.

Las soluciones son obvias: la generación de un plan nacional urbano para la articulación de lo que llamamos las "metrópolis de equilibrio"; favorecer a las ciudades intermedias para construir una coherencia regional; fomentar las grandes ciudades para que sean promotoras de las actividades regionales. Podemos reflexionar sobre lo que debería ser el proceso autonómico en relación a esta afirmación.

GASTÓN GALLARDO

La necesidad de revisar esta dualidad de las ciudades bolivianas, nos obliga a revisar posturas culturales de la población boliviana en su conjunto, como origen de las posturas urbanas detectadas. Y creo que son estas visiones contrapuestas del mundo: la occidental o europeizante (con vertientes capitalistas y socialistas incluidas), la indigenista y la informal.

En Bolivia han persistido hasta nuestros días posturas de rechazo frontal a las propuestas de la modernidad, por su identificación con el ideario de la colonialidad y posteriormente de la República. Ha sido y es habitual encontrar ideólogos de este pensamiento, quienes sostienen que los valores y paradigmas occidentales no son aceptados por los pueblos originarios. Desde la concepción de la ciudadanía como una actividad individual contrapuesta al colectivismo o comunitarismo del ayllu, hasta las objeciones a la religión, pasando por el pago de impuestos, la propiedad privada y las condiciones de habitabilidad, son propuestas no aceptadas por las comunidades campesinas del país, derivando en el mantenimiento de las formas y condiciones de vida precoloniales o -desde occidente- preindustriales.

Vastos sectores de la población -mayoritariamente rural y en diferentes zonas geográficas del país- han pervivido en condiciones de vida tradicionales, sin considerar la posibilidad de su integración a las propuestas de desarrollo. Esta lectura no minimiza que los detentadores del poder hayan mantenido estas condiciones como mejor forma de explotación, con "pongos", "mitanis" y otros sofismas de la esclavitud encubierta. Pero se lo hizo sobre un trasfondo de rechazo visceral a las nuevas formas de vida por parte de las comunidades indígenas. No deja de asombrar que luego de cien años de dominación incaica, trescientos años de colonia y doscientos de República, los valores culturales y en especial el idioma pervivan tan sólo por la transmisión oral de madres a hijos y sin utilización de recursos de poder.

Por otro lado, existe una sociedad boliviana, también dispersa en la totalidad del territorio nacional, que adopta como propia la cultura europea importada y construye una nación con estructuras occidentales. Y se incorpora al mundo occidental en todas sus vertientes -democrática, anarquista, socialista, católica, cristiana, masona, etc.- creando el Estado Nacional y sus estructuras jurídicas, legales, económicas y

sociales. Esta cosmovisión no es exclusiva de algunos sectores socioeconómicos; tiene adherentes de los más altos estratos económicos hasta humildes trabajadores por cuenta propia y cooperativas artesanales, que cifran sus expectativas en la reproducción de las condiciones de la modernidad y el crecimiento de la economía capitalista, usando normalmente el modelo de los “tigres asiáticos” como paradigma de un futuro próspero. En contraposición, aún perviven quienes sostienen el ideario socialista en sus vertientes más doctrinales. Ambos representan la esperanza de incorporación de la nación a la marcha evolutiva del mundo.

Estas dos visiones polarizadas han generado, a lo largo de la historia de Bolivia, una tercera posición que mayoritariamente es urbana y surge desde la vertiente indígena, ampliándose permanentemente hacia otros sectores sociales y económicos. Esta es una postura de mejor aprovechamiento de las condiciones de ambos polos y reclama el mejoramiento de sus condiciones de vida, pero rechaza todo intento de legalizar sus actividades. Pese a que la vemos reflejada en especial en el comercio “informal” y los sectores gremialistas, también es visible con el contrabando inundando el comercio “formal”, la producción manufacturera con falsificación de etiquetas exportando su producción, o aún en la postura de los terratenientes justificando su “propiedad” al margen de la ley o de los propietarios de líneas aéreas. El mundo de la transgresión se visibiliza en mercados, industrias y barrios; algunos autores lo contraponen al Estado de Derecho, como un Estado de Hecho.

Los seguidores de esta posición resisten el pago de impuestos, las limitaciones del uso del espacio público urbano y defienden su derecho al trabajo y a la subsistencia sin intervención de un Estado que siempre les fue ausente. Si bien es cierto que no es exclusividad nuestra y encontramos informales en el Ponte Vecchio de Florencia o las Ramblas de Barcelona, la ostentación de la condición de pobreza como valor social y justificación de actividades marginales o delincuenciales, parece ser muy nacional.

**4. Si usted asumiera la conducción de la alcaldía de una de las ciudades bolivianas del eje, en base a lo que ha venido respondiendo, ¿cuáles serían las tres o cuatro acciones prioritarias, estructurales y estratégicas que asumiría y por qué?**

HUMBERTO SOLARES

Esta suposición es pura ciencia ficción, pero veamos por qué no sería un alcalde muy popular.

1. Se entiende que un plan de gobierno municipal debe enfrentar la crisis de las ciudades, pero ¿qué entendemos por crisis de la ciudad? No es necesario repetir el largo listado de cuestiones obvias. Pero existe un componente cuidadosamente empujado bajo la alfombra. La pregunta imprudente: ¿El municipio es parte de la solución a la crisis o parte del problema? Mi impopularidad comenzaría por afirmar que *el municipio es parte principal del problema* y que lo que practica es política urbana, planificación urbana, gestión urbana, sin ciudad y sin ciudadanos.

Esto podrá causar asombro, sin embargo es consecuencia lógica de una institución donde se han consolidado por décadas intereses de corrientes burocráticas con capacidad de sobrevivir a la democracia formal municipal e incluso a la formal participación popular. Detrás de esos intereses existen eficaces estructuras de corrupción y de desmontaje de cualquier iniciativa técnica o administrativa de la autoridad municipal que afecte “espacios de poder” de esa burocracia. Luego, la primera tarea sería ingrata: reestructurar la alcaldía para desmontar esas estructuras corruptas y bien escondidas. Ello significa transparentar la gestión, transparentar el manejo de los recursos, transparentar las recaudaciones, modernizar los sistemas de fiscalización, colgar en la página web municipal el manejo de la caja chica y de todas las demás cajas y permitir control social sobre todos estos niveles. Algo que causaría horror en el armazón burocrático que justamente vive de la condición de permanecer en la penumbra.

2. Decíamos, se hace urbanismo sin ciudad e incluso contra la ciudad. En el municipio y en sus esferas técnicas se da por entendido que todos saben qué es la ciudad y cuáles son sus problemas, por tanto, lo que se requiere es la acción práctica inmediata: al problema la respuesta rápida. El resultado son las ciudades que vivimos, donde aparentemente las diversas recetas mágicas simplemente no causan ningún efecto. Esto es practicar urbanismo sin ciudad.

Ocurre que se quiere intervenir sobre un organismo cuya esencia y anatomía se desconoce, y peor, se da por conocido en base a manuales. Luego viene el juego de la planificación: un acierto por cada diez errores, y claro, el enfermo (la ciudad) no experimenta ninguna mejoría. Luego la segunda tarea sería *desentrañar ese enigma que es la ciudad*. Ello implica algo heroico, introducir en ese mundo de funcionarios pragmáticos, la base del rigor científico, es decir, la investigación.

Ocurre que un municipio que no investiga su realidad urbana, simplemente opera a ciegas, o por instinto, o algo más condenable: por cálculo político. Ninguna ciudad es igual a otra, y ningún sesudo estudio de teoría urbana reemplaza el conocimiento de la ciudad real. Conocer: cómo interactúa el territorio cargado de características físicas con el cuerpo de la sociedad y cómo esta interacción está signada por intereses muy específicos y por comportamientos cuya lógica no es sólo funcional sino cultural; cómo las distintas fracciones (clases, estratos) de la sociedad urbana reproducen su capacidad de trabajo y su viabilidad social, y con ello definen hábitos y valores, que se convierten en formas de organización espacial y en flujos que llegan a estructurar la totalidad urbana; en suma entender cuáles son los momentos, procesos y situaciones bajo las cuales cada ciudadano, su familia, su comunidad, su estrato social, produce espacio urbano, se constituyen en el capital de conocimiento que cada colectivo técnico municipal debiera dominar, para proyectar algo que sea realmente útil a la ciudad. Si no se entiende con un mínimo de rigor científico la lógica de aquello que se suele llamar “caos urbano”, las recetas que se emiten se convertirán en combustible para avivar ese caos.

3. En fin, si todavía pudiera sobrevivir a estas dos tareas necesarias para convertir en eficaz el instrumento municipal, me adscribiría a la idea de Jordi Borja de *hacer ciudad* que significa organizar espacios urbanos con los ciudadanos y no contra ellos.

Por lo que expresamos en la respuesta 3, el drama de las ciudades es su acelerada fragmentación y segregación. El eje de este síntoma es el debilitamiento del espacio público y su conversión en “no lugar” como sugiere Marc Augé. Por tanto, hacer ciudad es hacer espacio público. Ello implica cristalizar lugares de encuentro con los usuarios, permitiendo que la calidad espacial de esos encuentros sea sugerida por los propios actores.

Pero lograr estos objetivos no es simple. Uno de los problemas más sensibles para una intervención sobre el espacio público radica en la confusión entre ciudad y urbano, entre objeto y sujeto. Desde muy atrás y hasta la actualidad, se concibe el espacio público como un simple objeto proyectable, diseñable y edificable, cuya materialización se vincula a un presupuesto financiero y a un despliegue de medios técnicos. Ciertamente, ésta es la parte del espacio público que corresponde a la categoría de componente de una estructura urbana física; sin embargo, el ejercicio de esta metodología ignora el componente “urbano”, esto es la dinámica del despliegue de los hábitos o estilos de vida que debieran encontrar en el seno de este objeto una atmósfera propicia para el encuentro, la alteridad, la interculturalidad, el reconocimiento mutuo y la tolerancia; es decir, un conjunto de materiales invisibles, pero tan importantes o más que los visibles, por dar sentido al rol social y cultural de dicho espacio.

Todo ello significa hacer la ciudad con la gente, edificar espacios de encuentro y convertirlos en semilleros de ciudadanía. La obra municipal no concluye con el corte de cinta y el discurso generalmente impertinente, sino recién comienza allí. Un espacio público exitoso es aquél donde el municipio programa y estimula en forma continua actividades que, sin importar indiferencias iniciales, terminan por construir

espíritu de comunidad e identidad de barrio en base a la armonía de los opuestos.

HUBERT MAZUREK

Primera acción: Impulsar la creación de las áreas metropolitanas. Esta es una acción prioritaria, estructural y estratégica. ¿Por qué? Porque las ciudades no pueden vivir en autarquía, tienen que ser centro, y un centro es en relación a los vecinos o a una región (ver acción dos). La cooperación interurbana es prioritaria en el sentido que permite:

- Compartir servicios y así tener dos efectos: disminuir los costos de los servicios y poder crear nuevos servicios. Se trata, principalmente, de servicios de intercambio entre ciudades: flujos energéticos (electricidad, gas, distribución de gasolina, etc.), flujos de insumos (agua, aguas servidas, basura, etc.) y flujos de personas (transporte).
- Disminuir el efecto de la especialización del área urbana con una redistribución de las actividades y de los servicios especializados: hospital, educación superior, zonas industriales, etc.
- Eliminar los "efectos de borde" y favorecer una política de asentamientos humanos a partir de una uniformización de las normas urbanísticas y fiscales, que podría tener efecto sobre una disminución de la segregación espacial y social, y un mejor uso del suelo.
- Tener una visión a más largo tiempo del desarrollo del área urbana, por medio de una planificación en conjunto para fijar los grandes ejes de actividad, de infraestructuras, servicios, y contar con un objetivo en cuanto al papel del área metropolitana en relación a lo nacional y lo internacional.

Segunda acción: Impulsar un programa de "centro regional" en relación con la prefectura y las políticas sectoriales nacionales. ¿Cómo la ciudad puede contribuir al desarrollo regional? Se trata de retomar las especificidades regionales, a nivel cultural y productivo, e implementar acciones para que la ciudad sea la portavoz de la región. Construir una identidad urbana en relación a la identidad regional. Dentro de estas acciones, se puede mencionar la creación de ferias, de centros de acopio y de transformación de productos, una descentralización de la oferta de servicios, una transferencia de la innovación desde la ciudad hacia el campo (telecentros, capacitación, coordinación organizacional, etc.), una política de promoción cultural y turística regional, etc. ¿Por qué? Porque la eficiencia de una ciudad depende de su entorno regional y se fortalece gracias a éste.

Tercera acción: La planificación intraurbana, favoreciendo el eje de la política de vivienda y el eje de la política de desarrollo productivo, con una articulación entre las dos. Lo que define la ciudad es la generación de externalidades de proximidad: proximidad geográfica y proximidad organizacional, donde viene, en particular, la cuestión de los costos de transacción. El interés de la planificación es doble:

- Disminuir los costos de transacción, es decir, optimizar las relaciones entre funciones urbanas (residencial, actividad, administración, financiera, etc.); esta optimización es principalmente espacial (distribución de las actividades, transporte, comunicación, etc.).
- Tener una visión prospectiva de los ejes de desarrollo urbano con participación de la población para crear un proyecto de ciudad consensuado.

Cuarta acción: Una política cultural para la creación de un ambiente adecuado de relaciones humanas. La ciudad es la proximidad, y en particular la proximidad humana. La nueva economía urbana nos enseña que la eficiencia no está tanto en los factores de producción, sino en los contactos directos, las relaciones sociales y la creación de nuevas formas de cultura urbana. La ciudad se identifica siempre más a su halo

cultural que a su función económica. Si existen centros de convenciones, festivales de importancia, culturas específicas, bares, vida nocturna, creación artística, etc. la ciudad se vuelve más atractiva. La explosión, a nivel mundial, del turismo de negocio es reveladora de esta función central de la ciudad.

GASTÓN GALLARDO

La reciente visita de Antanas Mockus, ex alcalde de Bogotá, a la ciudad de La Paz, ha puesto sobre la mesa el tema de la incorporación del pensamiento académico a la política urbana, de forma coincidente con la campaña de "Hasta cuándo pues" y la política de educación ciudadana del gobierno municipal de La Paz. Soy un convencido que sin una fuerte campaña de incorporación de la ciudadanía a los objetivos de la gestión municipal, toda intención, por más buena que sea, fracasará.

Es por ello que priorizaría en un hipotético gobierno municipal, los instrumentos de la educación urbana y las políticas de participación ciudadana, de tal manera de poder generar metas y logros compartidos.

Una segunda línea instrumental prioritaria sería la de incorporar la planificación por encima de las acciones concretas, espontáneas y verticales. La carencia de programación de las obras, tanto desde el nivel departamental como el local, sumerge las gestiones de los gobiernos en un caos de obrismo en permanente autocontradicción.

Estructuralmente, considero que es importante:

- Desconcentrar las macrocefálicas administraciones urbanas, en cuatro o cinco alcaldías, para lograr un diálogo entre pares con los municipios menores del área metropolitana, en la búsqueda de ampliar las áreas de expansión y los pulmones urbanos metropolitanos.
- Concertar un Plan de Desarrollo Municipal con el gobierno departamental, para incorporar a la ciudad mayor al Plan de Desarrollo Regional y equilibrar la oferta de servicios urbanos y promover la integración campo-ciudad.
- Fortalecer las ventajas comparativas económico-productivas de mi municipio, facilitando su crecimiento. En el caso de La Paz, promocionaría las facilidades y los servicios turísticos y diversificaría las conexiones internacionales con el Perú.
- Promovería un acelerado desarrollo de la cultura informática y su relación con las actividades productivas y de servicios, como nueva fuente de mercados de trabajo.

JEAN PAUL FELDIS

Primera acción: Filosofía administrativa. Me dotaría de un nivel de paciencia y capacidad de escucha y desarrollaría en el equipo del gobierno municipal una habilidad hacia la planificación participativa e integradora que garantice un nivel óptimo de los planes de desarrollo y de mejoramiento urbano, priorizando la humanización de la ciudad para desterrar la jungla urbana. Esto significaría realizar una gestión descentralizada que permita a cada distrito asumir una responsabilidad ante las necesidades urbanas (condiciones de vida, seguridad, abastecimiento, educación, salud, agua, etc.). Me rodearía de personal profesional calificado en la gestión de los temas urbanos (ingeniería sanitaria, de tráfico y transporte, etc.), con visión de desarrollo de políticas inter-municipales (mancomunadas) para abaratar algunos costos de servicio municipales.

Segunda acción: Menos política y más gestión. Municipalizar de verdad. Reorganizar el municipio para que su actividad sea en prioridad una gestión efectiva y no corrupta o clientelar de los problemas de los vecinos, ahora opacada por politiqueros que la transformaron en trincheras de lucha de pequeños caciques urbanos

que hacen de los problemas urbanos una oportunidad para desarrollar el clientelismo. Despolitizar la gestión, relocalizar a los politiqueros, eliminar los cupos de poder. Hacer trabajar a todo el equipo municipal para el bien de la colectividad. Fomentar una mejor coordinación con los otros niveles de administración: estatal y prefectural, superando las deficiencias de la actual ley de Participación Popular y los obstáculos que cercenan la autonomía municipal (sistema SIRESE). Fomentar una mejor coordinación con instituciones estatales (justicia, policía nacional, bomberos), organizaciones no gubernamentales y privadas (educación, salud, comerciales, universitarias, empresas constructoras).

Tercera acción: Fomentar la gobernabilidad urbana. Desarrollar una gestión de cara a los vecinos para fomentar la gobernabilidad urbana en la atención de todos los aspectos que afectan su diario vivir (lotes y vivienda, infraestructura urbana y equipamiento urbano, transporte, recojo y tratamiento de la basura, servicios básicos, educación y salud, mercados y abastecimiento, etc.). Aprovechar las oportunidades para desarrollar un municipio productivo.

Cuarta acción: Democratizar los bienes urbanos. Desarrollar políticas urbanas que reduzcan la fractura social; buscar un equilibrio entre las necesidades (gustos) de las clases acomodadas y las de las clases populares tradicionalmente marginadas de los beneficios y servicios urbanos (seguridad ciudadana, calidad de sus mercados, centros de salud, de recreo, escuelas, pavimentos, canales de drenaje).

## **5. Reflexiones finales**

HUBERT MAZUREK

La situación urbana actual tiene por cierto un fundamento histórico y cultural, basado en dos procesos fundamentales:

- La tardía urbanización del país y la preponderancia que se ha dado a la municipalización en las reformas del Estado, lo que ha impedido la construcción de políticas nacionales urbanas;
- El modelo económico de Bolivia, que siempre estuvo basado en la explotación de los recursos naturales, lo que ha conformado una contradicción entre ciudades de poder y regiones de producción, contradicción entre centralismo y poderes locales.

En este doble proceso, el modelo liberal desde los años 90 ha desarrollado su propia contradicción: centralizar su poder en ciudades, lo que las vuelve atractivas, y tener una política (de privatización) que trajo como consecuencia el traslado de miles de personas de lo regional a lo urbano.

Eso tuvo tres efectos:

- La casi desaparición de las ciudades intermedias en las regiones pobres, lo que ha reforzado aún más el proceso de migración y el desequilibrio territorial nacional;
- El crecimiento de ciudades capitales en base a hábitos rurales, desplazando la contradicción urbano-rural en el centro mismo de la ciudad;
- Un crecimiento del fenómeno de doble residencia y la conformación de otros tipos de regiones: hinterland de las ciudades capitales, que hoy en día buscan su propia identidad.

Por supuesto, los procesos fueron diferentes según la ciudad capital y según su capacidad de "absorber" esta demanda de nueva identidad. El caso de El Alto es uno de los mejores ejemplos en este

sentido. Es una ciudad joven que se ha construido sobre la base de una identidad regional y que mantiene formas de relación de cooperación con esta región, que va desde Oruro hasta los Yungas, pasando por la orilla del lago Titicaca.

Santa Cruz, de igual manera, ha sabido construir una cierta identidad alrededor de un marco productivo y una imagen de éxito. Esta construcción se hizo en el “eje central” urbano (las tres grandes ciudades), dejando una periferia sin ciudad activa, principalmente en el eje tradicional de poblamiento que son los valles interandinos.

La ausencia de política urbana, a nivel nacional, ha acentuado este proceso; cada una de las ciudades busca especializarse en esta forma de identidad: pequeña y mediana empresa en El Alto, administrativa en La Paz, universitaria en Cochabamba, servicios a la empresa en Santa Cruz, etc., lo que introduce una competencia (en el sentido económico) o mejor dicho una dependencia entre ciudades, y de la periferia en relación a estas ciudades. La reivindicación de autonomía no se explica de otra manera: establecer un poder local basándose en la dominación de los recursos regionales, con independencia en relación a las otras ciudades, por el contexto de competencia entre regiones.

A nivel intraurbano llegamos a la misma conclusión. La ausencia de política de planificación urbana ha dejado a los migrantes un espacio donde pueden expresar una cierta forma de rechazo a la modernidad: informalidad (rechazo al mecanismo administrativo), ocupación ilegal (rechazo a lo público), conformación de poderes barriales (rechazo a la autoridad institucional y política tradicional), reproducción de sus manifestaciones culturales (rechazo a la cultura globalizada), etc.

En conclusión, la ciudad boliviana no tiene “función central” ni real participación en la construcción de una economía nacional. Es el peligro de una autonomía en un contexto de ausencia de política nacional. El papel del Estado en este proceso es fundamental si se quiere construir una nación equilibrada (en relación a su red urbana y en la construcción de una red de ciudades intermedias), solidaria (construyendo cooperación entre ciudades y no competencia), viable (con planificación de los asentamientos y de lo urbanístico) y sostenible (reforzando la territorialidad alrededor de ciudades intermedias que tenga función central).

JEAN PAUL FELDIS

Leyendo los comentarios de los demás colegas, me pareció interesante observar que cada uno aporta una visión conforme a su formación y experiencia profesional. Esto nos permitió llegar a un punto de vista plural y complementario. A través de las intervenciones se evidencia que nuestra problemática urbana está estrechamente ligada al nivel de desarrollo nacional. Podría decirse que nuestro urbanismo coincide con un tipo de sociedad tercio-informal, es decir nuestras ciudades dejaron de ser el producto de lógicas productivas (ciudad industrial, minera o petrolera) o administrativas (ciudad universitaria, militar, sede de algún gobierno). A menudo la ciudad es moldeada por la crisis económica global y aparece como producto de la dificultad de la economía rural, suscitando grandes migraciones que se constituyen en retos para la planificación urbana, la gobernabilidad urbana, la realización de políticas municipales y la convivencia entre grupos de tradiciones radicalmente diferentes.

Muchos migrantes se aferran a actividades hechas posibles por la circulación de un excedente creado por las clases sociales favorecidas. Esto explica el perfil urbano. La crisis económica que combina globalización, neoliberalismo y neoestatismo, fragmenta la ciudad y distorsiona la convivencia urbana. A pesar de esto, debido al empuje de las clases sociales favorecidas por la creación de riqueza (industrial, comercial, agropecuaria, construcción, servicios, minera, hidrocarbúrica, narcotráfico, etc.) las ciudades bolivianas palpitan al ritmo de la modernidad, se desarrolló un modo específico de vida (urbanización, consumo, diversión, moda, diversión, farándula, etc.) con una diversidad de ofertas y opciones.

El desfase entre el crecimiento urbano y la producción normativa, por una parte, y entre las diversas

instancias de gobierno (central, departamental, municipal), por otra, hizo que las ciudades entraran en un trance de informalidad administrativa y de gestión que cada gobierno municipal intenta solucionar gracias a su iniciativa e ingenio. Este personalismo y voluntarismo administrativo le da a cada ciudad su fisonomía y tipo de desarrollo, en suma su idiosincrasia.

Por los actuales movimientos indígenas que exigen su lugar en el quehacer político, económico y cultural, la ciudad se volvió más cosmopolita y abierta a diversas manifestaciones interculturales (entradas folklóricas, práctica de idiomas, cultura tradicional, liderazgos, presencia mediática). Queda por apreciar cómo se producirá en el futuro una nueva “cultura híbrida” entre “las naciones y pueblos indígena originario campesinos” y las clases medias urbanas, a menudo culturalmente orientadas hacia afuera. Esto redundará en las maneras de ocupación del espacio, urbanización, perfiles culturales, prácticas sociales, etc.

- 
- 1 Arquitecto con maestría en Planificación Urbano Regional. Actualmente es investigador, director del Centro de Estudios Urbano Regionales de Santa Cruz (CEDURE) y miembro de la Fundación PIEB.
  - 2 Soruco, Ximena (2008). *Los barones del Oriente. El poder en Santa Cruz ayer y hoy*. Santa Cruz: Fundación Tierra.
  - 3 Parejas, Alcides y Suarez, Virgilio (1992). *Chiquitos. Historia de una utopía*. Santa Cruz: Cordecruz y Universidad Privada de Santa Cruz.
  - 4 El *hinterland* es un término geográfico que se relaciona al entorno de un lugar, es decir, a la pequeña región que está bajo influencia de un centro, que puede ser una ciudad, un puerto, un río, una costa, etc. Por extensión, el término ha tomado un sentido de intercambio comercial, y a menudo de dependencia económica, social o cultural, de esta pequeña región en relación al centro. En Bolivia, por ejemplo, el hinterland típico de la ciudad de El Alto es la orilla del lago Titicaca.



EJTI STIH. CH'ALLA EN PALACIO (2007). ACRÍLICO SOBRE LIENZO.